

Domingo de Corpus Christi

6 de junio de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi

Obispo de la diócesis de Saitama

Hoy, en Japón, como en muchos lugares, por razones pastorales, celebramos la solemnidad del Corpus Christi, en el segundo domingo después de Pentecostés. Pero la fecha original es el jueves después del domingo de Santísima Trinidad o 60 días después del domingo de Resurrección. Y aún hoy en muchos lugares del mundo se siguen haciendo la tradicional procesión por las calles portando el Santísimo Sacramento de la eucaristía acompañado de música y oraciones.

El significado de la eucaristía para la Iglesia

La eucaristía es el misterio instituido por el Señor Jesús en la Última Cena, cuya día lo conmemoramos cada año el Jueves Santo por la noche.

La eucaristía constituye el “tesoro” de la Iglesia dejada como herencia por el Señor. Y la Iglesia la custodia con el máximo cuidado, celebrándola diariamente en la santa misa, adorándola en las iglesias y en las capillas de las parroquias como de las comunidades religiosas, distribuyéndola a los enfermos y, como viático, a cuantos parten para el último viaje, a la eternidad.

Pero este tesoro que, está destinado a los bautizados, no agota su radio de acción en el ámbito de la Iglesia: la Eucaristía es el Señor Jesús que se entrega “para la vida del mundo” (Jn 6,51). En todo tiempo y en todo lugar, él quiere encontrarse con el hombre y llevarle la vida de Dios. Más aún, la Eucaristía tiene un valor cósmico, pues la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo constituye el principio de divinización de la misma creación.

Por eso, la fiesta del Corpus Christi se caracteriza de modo particular por la tradición de llevar el santísimo Sacramento en procesión, un gesto denso de significado. Al llevar la Eucaristía por las calles y las plazas, queremos introducir el Pan bajado del cielo en nuestra vida diaria; queremos que Jesús camine por donde caminamos nosotros, que viva donde vivimos nosotros.

Nuestro mundo, nuestra existencia debe transformarse en su templo, es decir, el lugar donde Dios esté presente, así el mundo se convierte en el Reino de Dios. En este día la comunidad cristiana proclama que la Eucaristía es todo para ella, es su vida misma, la fuente del amor que vence la muerte.

De la comunión con Cristo Eucaristía brota la caridad que transforma nuestra existencia y sostiene el camino de todos nosotros hacia la vida definitiva.

De allí la famosa frase : “La eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la eucaristía”, acuñada por el P. Henri de Lubac, asumida por la catequesis del Papa Juan Pablo II y por el Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (n.1396).

La exigencia de la comunión con Cristo

Cada vez que comemos el Pan consagrado, comulgamos con Cristo, pero esta comunión con Cristo no debe quedarse solo en lo íntimo del corazón sin preocuparnos de comulgar con los hermanos y hermanas que sufren. Si recibimos la comunión eucarística, comulgamos con Cristo y no podemos ignorar el hambre de millones de hermanos y hermanas privados de pan, de justicia y de futuro.

Ya, antes de la pandemia había millones que sufrían de hambre, que carecían de atención sanitaria como educativa, agravadas por las guerras y últimamente por el cambio climático tenían que desplazarse recorriendo miles de kilómetros en condiciones muy precarias, peligrosas, tanto por el mar como por tierra.

No sólo por las noticias que nos transmiten los medios de comunicación social, sino también en la misma ciudad donde vivimos, convivimos con inmigrantes que luchan para llevar una vida digna y buscan integrarse y adaptarse a nuestras costumbres. Más ocultos y tal vez, casi desconocidos son los refugiados que han tenido que abandonar su país de origen por el peligro de sus vidas y permanecen en los centros de detención, esperando ser aceptado por el gobierno japonés. Pero, sabemos que, el gobierno de turno había intentado, unos meses atrás, promulgar una ley más dura contra ellos, buscando la forma de deportarlo, aunque llevasen ya muchos años en Japón y teniendo hijos adolescentes, incluso nacidos aquí. Quienes recibimos la comunión eucarística no podemos no comulgar con el sufrimiento de estas personas que son el cuerpo llagado de Cristo.

La eucaristía durante el tiempo de la pandemia

El año pasado, desde el inicio de la Cuaresma, ante el contagio masivo que provocaría la llegada de la primera ola del nuevo coronavirus, el gobierno hizo la declaración de emergencia sanitaria y en las iglesias se suspendieron las misas públicas. Muchos pensamos que esta situación duraría solo algunos meses, pues conocíamos la llegada del virus de la Influenza cada inicio del invierno que atacaba a animales como a los seres humanos. Teníamos referencia de la historia de pestes de siglos anteriores que, había azotado a Europa como a África, pero no conocíamos la virulencia de este nuevo coronavirus que encontró en el ser humano, el mejor lugar para expandirse.

De algún modo, estábamos resignados de la suspensión de misas y todos los demás

encuentros comunitarios, salvo los funerales. Pero, después del primer oleaje, si bien hemos tenido, período de apertura de misas públicas, hemos seguido con la disposición emanada del episcopado japonés, es decir, cuando el gobierno nacional decretaba la situación de emergencia sanitaria a algunas provincias, las diócesis que pertenecían a esa declaración tenían que acatar esa orden para proteger la salud de la sociedad.

En nuestra diócesis de Saitama, hemos estado muy atento, a todo este movimiento sanitario y, al estar en la zona de mayor número de contagio, cada vez hemos enviado la orientación diocesana para las celebraciones de las misas como de otros sacramentos. Estoy muy agradecido a todos los párrocos y a las comunidades por su acogida de estas disposiciones que cada mes les he ido enviado.

Esta situación que ya llevamos más de un año, nos ha puesto a prueba nuestro modo de vivir la fe como cristianos, sobre todo, porque aún después de que se ha reanudado las misas, en la mayoría de las parroquias no podían participar cada semana, sino que en algunas iglesias tenían que esperar hasta más de un mes para poder participar en la misa. Cada parroquia ha organizado de diversas maneras la forma de participar de la eucaristía.

Tanto en mis disposiciones mensuales que ya llevamos 19, pero que algunos meses, han sido enviadas solamente a los párrocos, se ve claramente que todo está centrado en el permiso de poder y de cómo celebrar la misa públicamente. Esto nos hace ver que la vida de las comunidades cristianas tiene como fundamento en la fe eucarística. En casos de llevar muchos meses sin comulgar pueden ir hasta el párroco a pedir la eucaristía, pues en el pan consagrado que está guardada en el sagrario está la presencia real de Jesucristo, por las palabras de la consagración pronunciadas por el sacerdote en la celebración de la eucaristía.

También siempre con la Madre de Jesús

María, la Madre de Jesús, es la “mujer eucarística” como la definió el papa san Juan Pablo II en su encíclica “Iglesia de Eucaristía”. Pidamos para que todos los cristianos podamos profundizar la fe en el misterio eucarístico, para que vivamos en constante comunión con Jesús Pan de vida y seamos sus testigos en este mundo, sobre todo, poniendo en práctica las obras de misericordia proclamadas por Jesús en la parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46) .